

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES.

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.—Las recomendaciones, por don M. J. Ruiz.—Gustos, poesía, por don C. Prieto de Valdés.—La Herida á Egipto, por ***.—Mi Deseo, soneto, por don Julio de Eguilaz.—La Pluma.—En un album, poesía, por don Saturnino Gonzalez Reguera.—Locura humana, por don Dámaso Delgado Lopez.—Miscelánea.—Charada.—Geroglífico.—Efemérides.

ECOS DE MELPÓMENE.

MINIATURAS HISTÓRICAS

POR J. M. MARIN.

(Continuación.)

SEGUNDO ASUNTO.

En una habitación marmórea del suntuoso palacio de los Césares, vése sentada, y en actitud reflexiva, á una mujer.

Alta, robusta, magestuosa, es en su conjunto el perfecto modelo de la matrona romana.

Aquella mujer es madre de dos jóvenes, cuyas sienes adorna por igual el laurel de oro, símbolo de la majestad cesárea.

Súbito interrumpen su meditación los rumores de una lucha cercana, el son brusco y fuerte de una doble carrera, y gritos de rabia y de agonía!...

Levanta la dama su cabeza palpitante de sobresalto y conmoción.

Un instante despues, penetra en el salon un apuesto doncel, lujosamente vestido, estendidas las temblorosas manos hacia adelante en busca de amparo, y llevando en su faz impresa la marca del pavor.

Un laurel dorado ciñe, rodeándola, su negra y rizada cabellera.

La dama al verlo en aquel estado, dá un grito, y él al notar su presencia se precipita en su regazo sollozando de ansiedad.

Cree haberse salvado.

Ah!... no.

Tras el primer mancebo ha aparecido otro, casi de su misma edad, de mirada torva, lábios delgados y rubia guedeja, ceñida también con el laurel de los imperios!

Su mano crispada aprieta convulsa el mango esmaltado de un puñal.

La hoja, fina y delgada, brilla desnuda como un áspid al sol.

Los dos jóvenes son hermanos. La noble patricia, es su madre.

Al ver el perseguidor á su hermano refugiado bajo el manto maternal, sonríe de un modo indefinible, se aproxima á los dos y levanta el acero!...

La madre clama!

El brazo del fratricida, bárbaro é insensato, cae dando un golpe y se eleva de nuevo!

La cuchilla está roja.

Un cadáver rueda á los pies del asesino: la infeliz madre sucumbe desmayada!

El homicida los contempla un corto espacio, y luego limpiando el puñal en una punta de su clámide de púrpura, se aleja murmurando:

—El orbe es mio!

Aquel mancebo muerto en los brazos mismos de la que le dió el ser, es uno

de los dos señores que tiene el universo; se llamaba, Publio Septimius Geta.

Su existencia estorbaba á su rival.

El rival, el asesino de Geta, se llamaba, Aurelio, Antonino, Bassiano, Caracalla!

La posteridad, indulgente con este loco coronado, apenas se acuerda ya de su horrible crimen; en cambio le recuerda con frecuencia por haber levantado las célebres *Thermas*.

Este cuadro se podría denominar *César contra César*.

LAS RECOMENDACIONES.

El sistema de *recomendar* no es de práctica novísima: debe ser contemporáneo del primer hombre que tuvo necesidad de conseguir algo, mas que por su propio valer é influencia, por medio de la influencia y del valer de otros.

Este sistema, por las circunstancias que á veces concurren en el que recomienda ó en la persona ó cosa recomendada, presenta á veces caracteres harto risibles.

Sin embargo, es el espediente á que tienen necesidad de apelar en este siglo del *bombo* y de las *influencias*, aquellos que por efecto de su pequeñez... *metálica*, ó lo que es lo mismo, de su falta de *representacion*, temen fundadamente no ser atendidos por los que se levantan sobre ellos siquiera una pulgada.

La costumbre, que es una ley hecha por los hombres, ordena que no debe tratarse sino de *igual á igual*. ¡Es mucho el ascendiente que tiene sobre el corazón la *fraternidad* humana!

Pocas veces un *bajo* alcanzará por sí propio de un *alto* aquello que desee sin necesidad de la obligada mediación de otro alto. Tendrá grandes títulos á la estimación pública, le adornarán dotes especiales para el desempeño ó la posesión de lo que conseguir ambicione; pe-

ro ni aquellos ni estas le servirán para maldita la cosa si no se abraza al áncora salvadora de la recomendación.

Sabe usted, por ejemplo, que el capitalista A busca un mayordomo. Usted se considera, y con justicia, adornado con las cualidades necesarias para el buen desempeño de aquel cargo, y corre usted á solicitarlo. Un criado le recibe en casa del capitalista y por medio de aquel transmite usted á éste su solicitud. Cinco horas le hacen á usted esperar en el zaguán la contestación, y al cabo de ellas lo despide el último lacayo con estas palabras:

—Dice el *amo* que no puede emplear á usted en nada.

Usted, sin embargo, no se amilana por esto; y tocando el registro de la recomendación, pide usted una *carta de idem* al capitalista B, á cuyo padre sirvió el de usted en clase de ayuda de cámara, y con ella vuelve á casa del capitalista A, quien, al recibir la carta, llama á usted á su despacho y le pone en posesión de la mayordomía.

Esto rebaja á usted grandemente porque prueba que no se ha atendido á los méritos de usted, sino á la recomendación; pero como el empleo le proporciona lo necesario para comer, tiene usted que devorar en silencio semejante humillación.

Supongamos ahora que es usted poeta y que ha escrito un drama que desea ver puesto en escena. Para lograrlo debe usted empezar por *recomendarlo* á las empresas, luego á los gacetilleros de los periódicos, y por último al público en los carteles en que se anuncie su ejecución. Si usted no lo hace así no espere que se lo admita ninguna empresa, y si es aceptado ya harán por *destrozarlo* en la ejecución y obtendrá una silba monumental.

¿Está usted enamorado como un tonto de la hija del tendero de la esquina ó de la del empleado Z? Pues trabajo le mando para hacerse querer con una fuerza de 100 caballos si no tiene usted la

recomendacion de ocho ó diez mil duros anuales de renta. En el caso de que no pueda usted ofrecerle esta *garantia*, viva usted persuadido de que á las primeras de cambio le obsequiarán con unas *calabazas* piramidales.

Es usted químico, y á fuerza de quebrarse los cascotes en su laboratorio haciendo combinaciones y experimentos, consigue hacer una composicion *maravillosa* destinada, por ejemplo, á exterminar todas las pulgas habidas y por haber. ¿Qué es lo primero que se le ocurre á usted? Publicar en todos los periódicos de Europa un anuncio concebido en estos ó parecidos términos:

«EL PULGUICIDA.

Composicion mágica, premiada por el emperador de la China, para librar de pulgas al género humano. Basta destapar uno de los botes que contienen estos prodigiosos y admirables polvos, para que mueran de repente todas las pulgas que haya en una casa etc., etc., etc.»

¿Qué es este anuncio mas que una *recomendacion*? Prescinda usted de ella y esté seguro que nadie se acordará de sus polvos mágicos, por verdaderas que sean sus ponderadas virtudes.

La *recomendacion* es hoy un artículo de primera necesidad, y de ahí el consumo que de él se hace.

El verbo *recomendar* lo conjugan hoy desde el mas hábil gramático hasta el que no conoce otra gramática que la parda.

La totalidad de los hombres puede dividirse de esta manera: una tercera parte son *recomendadores* y las otras dos partes aspiran á ser *recomendados*.

¿Para qué se cuelgan cintas y moños las encantadoras pollitas, y se adornan con flores, no tan hermosas como ellas, y ensayan al espejo un movimiento gracioso, una sonrisa hechicera, una mirada avasalladora? Sin duda para recomendarse á los pollos.

¿Con qué objeto hacen los periódicos ardientes protestas de servir los intereses de esta ó de la otra causa? Indudable-

mente con el de recomendarse á la benevolencia de los paladines de la causa que defienden ó van á defender.

¿Qué se propone el tendero que coloca sobre la puerta de su establecimiento un enorme cartelon donde se ven impresas ó pintadas con caracteres descomunales las palabras *Gran Barato*, *Quemazon*, *Realizacion* ú otras por el estilo? Es á todas luces evidente que no se propone otra cosa que *recomendar* al público sus géneros.

¿Qué hace la tierna *mamá* que ante quince ó veinte pollos y gallos que están aun en estado de *merecer*, levanta hasta las nubes las cualidades que adornan á su tierno *pimpollo*? Al mas miope se le ocurrirá que no hace otra cosa que *recomendar* éste al cariño de aquellos á fin de que la *niña* no se quede para *vestir imágenes*.

Necesita usted que le atiendan en cualquier oficina: *recomendacion* al canto.

Vá usted á solicitar un empleo público dotado con 150 escudos anuales: se hace usted acompañar de un ejército de cartas de *recomendacion* de personas de *suposicion* ó de mucho *viso*.

Necesita usted variar de domicilio: lo primero es buscar *recomendaciones* para el dueño de la casa á donde va usted á mudarse para que este le tenga por *bueno paga*.

Sin *recomendacion* nada se consigue hoy ni á nadie se atiende: pillo ó tonto, tenga cualquiera quien le recomiende y será el mas honrado y el mas apto del mundo. La moralidad, la suficiencia, la modestia nada valen por sí solas. Lo que vale, á lo que se atiende, es la *recomendacion*.

La costumbre así lo manda, y ante la costumbre, que tiene fuerza de ley, no hay mas remedio que doblar la cabeza.

M. J. Ruiz.

... GUSTOS.

Me agrada ver el lago
que lirios bordan,

bañado por la vaga
luz de la aurora;

La flor de nieve,
que en el fondo del bosque
las auras mecen.

Me gusta ver la luna
diáfana y bella
levantando á su paso
polvo de estrellas;

El blando arroyo
que entre flores murmura
dulce y sonoro.

Me agradan las florestas
del hondo valle,
en donde aspira el alma
aromas suaves;

Las claras ondas
del mar azul sereno
que Febo dora.

Me gusta el bosque umbrío
en cuyas ramas,
melosos ruisenores
sin trégua cantan;

El arroyuelo
en cuyas linfas riela
su luz el cielo.

Me gustan, niña hermosa,
tus ojos bellos,
tu garganta de nácar,
tu talle esbelto;

Tu frente pura,
de la que toma el brillo
la casta luna.

Me gustan, bella niña,
tus labios rojos,
tu alabastrino cuello,
tus rizos blondos;

Tus ojos bellos
que irradian refulgentes
del sol destellos.

Pero mas otra cosa
me gusta, niña,
que á todo lo que he dicho
deja en mantillas;

Y es, ángel mio....
un buen par de chuletas
y vino tinto!

C. Prieto de Valdés.

LA HUIDA À EGIPTO.

LEYENDA.

En los dominios del señor de Coarraze, en Navarra, vivía en el siglo XVI un labrador llamado Sanchez. Durante las sangrientas luchas de los condes de Gascogne con los vizcondes de Béarn, su padre y su abuelo habian servido con nobleza en la bandera de su señor, habiendo recibido en recompensa de sus servicios una alquería situada á orillas del Gabas, con exención de la mayor parte de los servicios feudales. Sanchez, pues, era dichoso. Tenia una muger jóven y hermosa, un hijo que veia crecer con alegría, una buena casa, algunos amigos; ¿qué mas podia apetecer?

La desgracia quiso que en una partida de caza se detuviese en la alquería de Sanchez el baron de Coarraze, viese á su esposa y quedase enamorado de ella. Las cosas iban pasando de lo regular, y mas de un vasallo temió perder la gracia de su señor, si no escuchaba las confesiones de su amor desordenado.

Las visitas del baron fueron frecuentes, importunas; empleó con Rita las súplicas y las amenazas. ¿Cómo sustraerse á sus persecuciones? Sanchez tomó un partido heroico; despues de haber realizado todo lo que pudo de su modesto ajuar, emigró con su familia. Los amigos de mas confianza se encargaron de remitirle á Bayonne su equipage, y para no llamar la atencion se marchó, como si fuese un paisano que iba á vender alguna cosa á otra parte. La esposa, con su hijo en brazos, iba sentada en un burro, entre dos canastas de legumbres y frutas y él caminaba á pié, llevando de la brida al modesto animal.

Quando el baron de Coarraze halló la alquería desierta, tuvo intenciones de prenderle fuego. Furioso de ver que se le escapaba su presa, se puso inmediatamente en persecucion de los fugitivos con

su escudero, cuatro gendarmes y dos criados mas. Cabalgó todo el dia, apesar del calor, y por la tarde, desde las montañas que dominan el valle de Aspe, vió entrar á la pequeña caravana en una posada que habia á la estremidad del barrio de Oloreri.

—Los mataremos! dijo á su escudero: Síguelos y vé á reclamarlos en mi nombre como á vasallos rebeldes; emplea la fuerza si es preciso y ven á reunirme conmigo á Nay, donde te espero. No está bien que yo me presente.

Dos dias despues el baron entraba en la iglesia de Nay para asistir á los oficios, porque los señores de aquella época sabian conciliar sus pasiones con la práctica exterior del culto. Su escudero se aproximó y le dijo al oido estas palabras:

—Señor, los fugitivos se encuentran en mi poder y están encerrados en el castillo!»

El baron se estremeció; pero disimulando cuanto pudo, fué con todo el decoro posible á ocupar el asiento que le tenian reservado en el coro.

Poco á poco se calmó; la voz del que oficiaba, los himnos piadosos y los vibrantes sonidos del órgano, produjeron en su alma una impresion saludable que le llenó de vagos remordimientos. Habia en el coro una pintura al fresco que representaba la Huida á Egipto. Involuntariamente los ojos del baron se dirigieron hácia aquel sitio, despues se fijaron en el cuadro. Una extraña ilusion se apoderó de él; los tres personajes divinos se transformaron y le pareció ver en ellos á las tres víctimas que perseguia, y aunque no soñaba, sino que era dueño absoluto de sus facultades intelectuales, cuanto mas miraba, mas le parecia ver los retratos de Sanchez, Rita y el niño: los accesorios mismos de la pintura se modificaban, y en vez del pasage creado por el artista, veia reproducido sobre el lienzo el campo que rodeaba su morada.

El cura de Nay subió al púlpito; to-

mó por testo de su sermon un pasage del capítulo segundo del Evangelio, segun San Mateo. Habló de Herodes y de los abusos del poder temporal; ¿tendria tal vez conocimiento de lo que pasaba en su interior y querria traerlo al arrepentimiento?

El baron de Coarraze se retiró inquieto y turbado, y cuando su escudero fué á preguntarle lo que disponia acerca de los prisioneros, contestó con energía: «Ponlos en libertad!»

Y no volvió mas á la alquería de Gabas.

(Traduccion del francés.)

MI DESEO.

A la Srta. D.^a E. V. de la T.

La inmortal existencia mucho halaga
Del sábio, del guerrero, del artista:
El orbe todo con aplausos paga
Del génio y del valor cada conquista.
Que sácie el mundo su asombrada vista
Y la sed de su orgullo satisfaga,
Viendo sus nombres en brillante lista
Que la mano del tiempo no deshaga.
No en láminas de bronce durar quiero,
Yo de los timbres mundanales huyo;
Suerte mas dulce y mágica prefiero.
Corazones hermosos como el tuyo,
Den á mi nombre abrigo placentero,
Con gloria mia, sin quebranto suyo.

Julio de Eguilaz.

LA PLUMA.

En manos de un sábio, es la pluma la antorcha que alumbra el caos de la ignorancia, es la mensajera de sus ideas y la depositaria de sus íntimos secretos.

En manos de un historiador, es la azada con que remueve las ruinas, la piqueta con que abre brecha en las tradiciones olvidadas, y la palanca con que pone en movimiento los siglos.

En manos de una muger, es la confidenta de sus acciones, la encubridora de sus vicios y la trompeta que pregona sus virtudes.

En manos de un ignorante no pierde nunca su calidad de pluma de ganso.

En manos de un crítico es alternativamente un cétro de caña y una carabina á la minié.

En manos de un gacetillero es susceptible de mil formas: participa de la batuta y del gancho del traperero, puede ser á veces la vara de Aaron, pero se confunde no pocas veces con la vara de medir.

EN UN ALBUM.

Dices, Crucita, que algo te escriba
Y para hacerlo tu album me das...

Quisiera darte mi negativa,
Quisiera versos no hacer jamás.

No porque afecto franco y sincero
No te consagre mi corazón,
Que como amigo leal te quiero
Y de agradarte busco ocasión.

Mas tu eres rosa fragante y bella
Que abre sus hojas al nuevo sol;
Yo, flor que al rayo de opaca estrella
Véase marchita con su arr. bol.

Y no pretendo loco á tu lado
Galas perdidas querer lucir,
Ni con mi plectro desacordado
Tu amante oído llegar á herir.

Tiernos donceles y trovadores
De tus encantos se preñarán:
Ellos, Crucita, dirán de amores,
Ellos con cantos te obsequiarán.

Yo mientras pasas tu primavera
Mudo tus gracias admiraré,
Y si un recuerdo me das siquiera
De tierno afecto, feliz seré.

Saturnino Gonzalez Reguera.

LOCURA HUMANA.

(FANTASÍA.)

(Conclusion.)

«¡La tempestad! bien venida sea! Esto era

una cosa que yo no habia gustado todavia...
Apártate, luz, y déjame contemplarla.

¡Bien por la electricidad, y sus luces, y sus destellos, y sus estelas, y sus relámpagos fosforescentes, y sus rayos lívidos!

¡Bien por los zumbidos de los vientos!...

¡Bien por el mugido de las olas, y la vacilacion de sus montañas, que caminan y aplastan y hunden; y sus valles desflorecidos, y el rumor de sus cavernas, y sus grutas desamparadas, y sus espumas en ebullicion, y su hervidero de peces, y los saltos de sus monstruos!....

«Luz, no te acerques á mí, ni me mires, ni me toques, porque tu mirada me desvanece, y me fascina y hasta diria que me causa miedo.

«¡Ola! una montaña ha sepultado una nave. Es un juego magnífico!; y lucha la nave para no sucumbir.... y no sucumbe.... ¡Bien por sus débiles esfuerzos contra las verdes avalanchas!... Estarán dormidos, y por su fortuna van á parar de un sueño á otro sueño, aunque eterno, sin advertirlo.... Ellos son mortales.... ¡Qué infelicidad!...

Húndete como el caballo en el fango, pero que te resucite la espuela, para saltar por encima de esas olas, que á pesar de toda su furia, no son mas que de agua, y el agua es deleznable.

Esas gentes no pueden ser mis vasallos, ni son tan torpes, ni tan cobardes, ni gritan tanto.... Pero la nave se hunde.... se hunde.... se hunde sin remedio, se hundió....! Nadad ahora, miserables. Por qué teméis? Vogad en ese nuevo elemento que os lleva como plumas.... ¡Jal ¡jal ¡jal.... ¡Hasta la vista!....

No te rias, luz, huye de mí, te lo mando... te lo suplico.

¡Qué ruido tan espantoso!...

«Las olas surgen, y se levantan, y silban... La nave ha desaparecido....; los harapos de sus velas navegan ellos solos tendidos sobre una espantosa superficie....

Y los hombres.... y los hombres nadan con vigor y luchan.... ¿Pero por qué tan desesperados esfuerzos?... Subid á las otras naves

ves...! ¡Detenedlas para que suban, que ya me he divertido demasiado.... y tiemblo, y tiemblo como un agonizante....!

¡Qué miradas de desesperacion me dirigen...! Sus cabellos cubren sus ojos lívidos, y sus labios se cierran y se abren alternativa y convulsivamente....!

Todas! todas las naves y los hombres han desaparecido!....

¡Qué horror....!!

«Luz, todavía estás ahí y tu semblante retrata la desesperacion de esos infelices. ¡Huye, porque me causas horror!... Huye, porque me miras con esos ojos que expresan en sus irradiaciones, satánica complacencia...!

Huye, porque gozas al mirarlos, y te sonries cuando desaparecen....! ¡Huye, porque eres maldita, porque no puedes ser mujer; porque eres el mismo Satanás que me condena...! Retírate de mí, ó con mis manos te despedazo...

¡Ah! te odio con toda mi alma...! Me quemaría los labios, porque en ellos has posado los tuyos!...

¡Ah! yo lucharé contigo, y te arrojaré á tu averno!

Ya vencí.... Ahora sonríete en tus inmensos palacios!...

«Ayl... yo no puedo mas!... yo estoy cansado... yo desfallezco!...

Y aun todavía saltan las olas como ciervos, y se estienden como abanicos, y se enrollan como serpientes.... y el rayo cruza, y el relámpago centellea... ¡Horrible! ¡Horrible!... cerradme los ojos...! Que yo no lo mire, que yo no lo vea... porque tengo miedo... Yo los he visto desaparecer á todos, y ya no queda mas nave que la mia...! ¡Huid! que no puedo sostenerme... que la cabeza me arde, y los oídos me zumban... y el corazon se me despedaza... y siento la humedad en mis plantas.

No griteis!... No maldigais!... ¡Por Dios, por Dios, llorad y rezad!... Mi hermana y mi madre, me lo dicen al oído con ferviente súplica!

Que las aguas me cercan... me laman... y me ahogan... ¡Salvadnos, Dios mió!!!

V.
«¿Qué tierra es esta donde me encuentro?... He soñado dolores y desesperaciones... Dios mió! tened compasion de mí!

Siempre, siempre á tus plantas!... Fuera, fuera de mí la locura de la humanidad!!!

Dámaso Delgado Lopez.

MISCELÁNEA.

Una nueva y delicadísima prueba de leal compañerismo nos ha dado la ilustrada redaccion de *El Crepúsculo*, escelente semanario de literatura que se publica en Reus. Su redactor el festivo é ingenioso poeta señor don Casimiro Prieto de Valdés ha tenido la atencion de remitirnos dos preciosas composiciones, con una de las cuales tenemos hoy el gusto de favorecer las páginas de EL TESORO. Damos al señor Prieto las mas espresivas gracias por su delicado obsequio, así como á sus demás compañeros de redaccion por las galantes frases que nos consagran al insertar en el número sétimo de *El Crepúsculo* la humilde poesía que, en prueba de buena correspondencia, tuvimos el honor de remitirles.

Quando ayer con traje corto

te ví, niña, en la Victoria,

al pronto me pareciste

la manga de mi parroquia.

MUGERES QUE ME CARGAN.

La que entorna los ojos cuando habla.

La de rompe y rasga.

La casada que adora demasiado á su primo.

La que revoca sus marchitos encantos con afeites.

La que echa su cuarto á espadas en política.

La que no lee EL TESORO.

La que no me quiere.

Y muchas otras.

En cambio, yo cargo á muchas mugeres.

Una, se ostenta lozana—sobre la fuente vecina;—otra, su caliz de grana—sobre las aguas inclina.—Una, en tus manos de nieve—á veces alza orgullosa;—otra, entre las mias, bebe—mis lágrimas, ruborosa.—Una, es de hermoso color;—otra, el color ha per-

dido;—una, es la flor del amor:—otra, es la flor del olvido!

El vocabulario de los antiguos egipcios, según puede juzgarse hoy por los caracteres geroglíficos, comprendía unas 685 palabras.

Los oradores elocuentes, según datos que tenemos á la vista, tienen á su disposición 10,000 palabras.

Shakespeare, el mas fecundo, el mas variado de los autores ingleses, ha escrito todas sus obras con unas 15,000 palabras.

El Paraiso perdido, de Milton, contiene unas 8,000 voces.

El *Antiguo testamento*, ha dicho todo cuanto tenia que decir con 5,642 palabras.

Con una sola esplica el hombre su felicidad. Esta palabra suprema es DINERO.

Por el correo interior hemos recibido la leyenda titulada *La huida á Egipto* que insertamos en el presente número. El incógnito traductor tiene á su disposición las columnas de EL TESORO.

Aun cuando oculta su nombre del seudónimo en el manto, me parece que conozco de TRAS-SIERRA al Anticuario.

Dos de nuestros apreciables colegas locales se han ocupado estos dias de una cuestion que debe ser grave, á juzgar por el calor con que la tratan. Nos referimos á la provision de la escuela de adultos. El otro cofrade estudiará la cuestion desde otro punto de vista, puesto que hasta ahora no ha dicho esta boca es mia.

Llamé al amor, mas nunca me veia—¡como el pobre es ciego!—Luego, donde encontrarlo no creia,—¡hallé un amor de fuego!

Hoy digo (pues mi amor raya en locura—á impulsos de la fiebre,)—que... allí donde uno menos se figura—suele saltar la liebre.

Solucion á la charada del número anterior:
CAPELO.

Solucion al geroglífico inserto en el mismo número:

NO HAY SECRETOS ENTRE DOS MUGERES.

CHARADA.

Hace poco que una tarde
en una ligera barca
surqué alegre mi primera
en union de prima y cuarta.
Mas quiso mi mala suerte,
que siempre ha sido muy mala,
que terciá y cuarta me viera
oculta en dos, terciá y cuarta.
Llegó la noche, y la hice
la visita acostumbrada,
y al sentarme en una silla
aplasté á segunda y cuarta,
la que furiosa rasgóme
el pantalón con sus garras.
Dí un grito atroz, y mi novia
calló al punto desmayada
junto á su madre, mi todo,
que es prima, dos, terciá y cuarta.

Bertoldo.

GEROGLÍFICO.

HOMBRE Hombre HOMBRE
HOMBRE HOMBRE HOMBRE
TIERRA.

EFEMÉRIDES.

Dia 7 de Setiembre.—1277 D. Alonso el Sabio confirma las mercedes y donaciones que sus predecesores habian hecho á varias aldeas de Búrgos.

Dia 8.—1420 D. Juan II responde á las peticiones de los procuradores de las Cortes.

Dia 10.—1622 D. Galceran Albanell, arzobispo de Granada, suplica á Felipe III vaya á Cataluña.

Dia 11.—1370 El infante don Tello de Aguilar hace su testamento en Medellín.

Dia 12.—1492 Descubrimiento de la América por Cristóbal Colon.

Dia 13.—1815 Fusilamiento de Murat en Nápoles.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores 17.